

EL EMPERADOR Y LA MADAME

(DE SANTOÑA A EXTREMADURA)

MATÍAS SIMÓN VILLARES

Decían de ella que poseía una belleza que hacía daño y una voz privilegiada para el canto de la época. Burguesa, independiente, indómita, libertina, gastosa, locuaz y muy ligera. La describen como una mujer nada usual para aquella época de conventos, guerras y crucifijos. Mediados del s. XVI.

La Madame; así se conocía a Bárbara Blomberg. Vino al mundo en la primavera de 1527 en Ratisbona (alemán Rogensburg), una ciudad situada al este del estado federado de Baviera, Alemania, en la confluencia de los ríos Danubio y Regen, cuyo casco histórico es Patrimonio de la Humanidad desde el 13 de julio de 2006.

El otro personaje de nuestra historia, todopoderoso Carlos V, Emperador de Emperadores, se encontraba descansando en Ratisbona en el verano de 1546, a la vuelta de uno de sus múltiples conflictos bélicos en defensa de la fe cristiana. Contaba entonces con 46 años y llevaba siete melancólico, triste y muy viudo. No se quitaba de la mente el gran amor de su vida, Isabel de Portugal, aquel matrimonio breve pero intenso, vivido con una pasión descomunal. “En cuanto están juntos, aunque todo el mundo esté presente, no ven a nadie...ambos se devoran con la mirada, hablan y ríen”, se decía de ellos.

Carlos I sabía y dominaba el noble arte de la guerra; pero en la cama, queridos lectores, a pesar de su pregonada austeridad, también era un triunfador. Aquel verano de 1546, Carlos, ajeno y despreocupado, asistía a una fiesta de baile y paisaje, como se decía en la época, cuando una voz clara y dulce le hizo cambiar el gesto; pues sabido era por todos que el canto y la cerveza le hacían levantar los pies del suelo.

Movió la mano derecha y gesticuló con la cabeza; señal que atendió Don Luis de Quijada, su hombre fiel, para que el salón quedara vacío. Bárbara, con 18 años apretados, siguió cantando y sólo él la escuchaba. Ella se acercó y el rey se removió en su trono. El dueño del mundo volvió a sonreír, a beber y a amar. Fruto de aquellos días flácidos y blandos vino al mundo, un año más tarde, Don Juan de Austria (Jeromín), hijo natural del Emperador.

Carlos tuvo que volver a sus tareas de gobierno y casó a Bárbara con un hombre de la corte: Jerónimo Píramo Kegel, a quien le otorga, como pago por su discreción y tutela del niño, el cargo de comisario en la corte de María De Hungría, en Bruselas. Desgraciadamente Jerónimo murió tres años más tarde y Bárbara, viuda, joven y alegre siguió dando que hablar.

Era costumbre de la época recluir en un convento a la examante, y si viuda por partida doble, pero, amigos, con Bárbara no pudo ni el mismo Emperador. También fracasaron más tarde su hijo Don Juan de Austria, y a su muerte, Felipe II.

Lo que hizo Carlos fue reconocer, en 1550, a Jeromín como hijo, poniéndolo bajo la tutela de gente de su confianza; primero bajo la de Ana de Medina y posteriormente con Magdalena de Ulloa y su marido Luis de Quijada, el testigo de sus pensamientos y el hombre más fiel que siempre tuvo.

Volvemos a nuestra hermosa Bárbara, que seguía de flor en flor, de carro en caro y de fiesta en fiesta. Para mantener su tren de vida, gastaba grandes sumas de dinero bajo la tutela de Carlos y luego de Felipe II, hasta que Don Juan de Austria, gobernador de los Países Bajos, logró traerla a España mediante engaños y tramas.

El 3 de mayo de 1577, con gran expectación, desembarcó en Laredo (Santander), pero ya su amor imperial, el gran Carlos, había fallecido en el cenobio cuacuareño de Yuste, y desde allí se dirigió al convento de Santa María la Real, en Valladolid. Ella en un convento. No podía creerlo; decía que sentía una aguja clavada en las nalgas; de modo que a la menor oportunidad, muerto su hijo Juan de Austria, se trasladó a Colindres y luego a Ambrosero, localidades cántabras; primero a casa de Juan de Escobedo, antiguo secretario de su difunto hijo, y luego alojada en casa de Juan de Mazavete.

En Ambrosero aún se nombra el lugar como Barrio de la Madama, y allí acabó sus días un 18 de diciembre de 1597, a los 60 años, aún bella, coqueta y ligera.

En 1975, tenía un servidor 15 años y estudiaba 5º curso de bachiller en el Patronato Militar Viegen del Puerto de Santoña, Cantabria, cuando en un mes de marzo nos llevaron a visitar el Monasterio de Montehano en la localidad cercana de Escalante, frente a las marismas de Santoña.

El profesor de Historia, Don Luis, nos explicó que al parecer Doña Bárbara Blomberg donó algunas pinturas al monasterio, allí donde está enterrada. Hay una lápida con la inscripción “ De Bárbara de Blomberg, madre de Don Juan de Austria, año de MDXCVII” y una galera grabada en alusión a Juan de Austria y la batalla de Lepanto.

Don Luis nos resumió la historia de aquella mujer tan peculiar para su época, mientras yo añoraba la localidad donde nació, Torremenga de la Vera, muy cerquita de Cuacos de Yuste, donde pasó sus últimos días el gran Carlos V, que quizás recordase, cuando le llevaron a su presencia por primera vez a un niño de 11 años, Jeromín, el futuro Don Juan de Austria, fruto de su unión con Bárbara, entre relojes, manjares y misas, la maravillosa voz, la juventud y los días pasados junto aquella mujer tan brava y sensual que fue Bárbara Blomberg, la Madama.



El Emperador Don Carlos